

dora creciente; sin embargo, no se compadece la falta de baño de ciertos individuos con el amplio caudal de este río; porque quien no se baña en las ondas puede muy sosegadamente hacerlo á domicilio, aunque no disponga de duchas, ni tenga regadera, ni cuente con tina, que el agua, para echarla sobre el cuerpo no pide ningún aparato ni tampoco reclama lujos; la higiene, tan necesaria para nuestro cuerpo, anda muy interesada en esto de los baños; y muchos dejados del tridente de Neptuno toman baños cuando el médico se los receta, cual si ellos fueran cosa de droga ó de r cipe de consultas.

All  los tales, que nosotros pedimos agua por todos los poros cuando agosto inclemente, arde, calienta y sofoca.

 Qu  ligereza la del cuerpo y qué regocijo en el ánimo después del baño!

Y luego el refresco,  qu  grato deja el paladar y qué expedito el estómago!

La *guanábana*, el *posole*, la *piña*, el *palo mulato*, la horchata. . .  qu  refrigerantes son diluidos en un vaso de agua enfriada con hielo!

Nosotros, hijos de est  terruño cálido y húmedo, tenemos verano para ocho meses; verano tan prolongado nos obliga á llevar las ropas ligeras y blancas,   traer la cabeza   pájaros,   soplar el cuerpo sudoroso y á tener el cabello húmedo, cuando el polo es un sorbete y nuestro sol  oh sol! un incendiario, verdugo y tirano.

 Uf, qué calor!

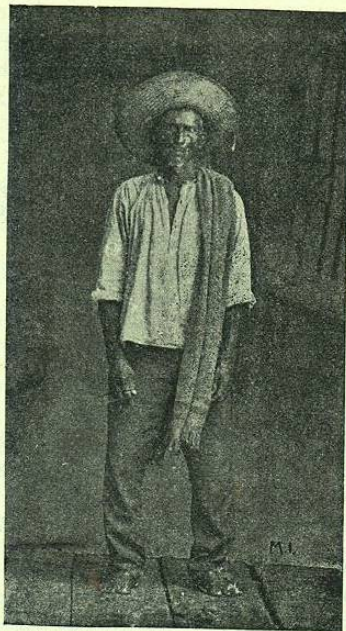


Juan Celestino.

ERA Juan Celestino de talla regular, antes alta que baja, enjuto de carnes, tostado de la cara y encallecido de las manos; hombre de fuerte complexión, bien que débil en apariencia; los ojos salientes de las órbitas, con mirada que parecía iracunda por lo marcado del ceño; la frente, ancha y lustrosa, partida en el medio por las hondas arrugas que dejaba el entrecejo; pronunciados los pómulos; la nariz, notablemente aguileña; la barba rala y descuidada, en la cual algunos pelos blanqueaban, y en todo el semblante una fingida severidad velada por un tono general de tristeza; siempre llevó el sombrero de petate   modo de nimbo tirado hacia el cogote, la camisa abierta del cuello y sacada por fuera del pantal n, enrolladas las mangas y puesto al desgaire sobre el hombro el zarape, abrigo para el invierno y almohada para el est o; andaba piernas abiertas, inclinado de cuerpo y suelto de brazos; en la charla era jo-

CAPITULO XIX

coso, para cada palabra tenía una gesticulación que movía el rostro á compás del cuerpo, inclinado por un exceso de



mímica de las manos puestas á voltear como las aspas de un molino; fué asiduo concurrente á la «LA COLMENA,» donde bebía de mañana y se embriagaba en la tarde; cuando el juicio se le trabucaba con el *tepa-che con nieve*, soltaba la boca á hablar, imponiendo silencio con el índice á quien intentara llevarle la delantera en palabras, y centellaba los ojos cuando se le oponían razones.

En la mañana iba al mercado, compraba *la plaza*, en seguida daba su pasadita por «LA COLMENA,» pedía su *verdin*, pagaba si tenía, ó si no, mandaba á echar rayas en pizarra, que para el efecto había de mostrador adentro y no muy á la vista del marchante; cuando no se encontraba con compañeros de copa—cosa extraña—tomaba paciente el tenate conteniendo la ración diaria, atravesaba el zócalo, cogía calle adelante hasta cerca del «PUENTE GARCIA» por donde Celestino moraba; á menudo sucedía que no llevaba plaza á su casa ni daba con su persona en ella; se debía tal suceso á que de muy de ordinario en «LA COLMENA» encontraba compinches de vaso y copa, de esos que no beben solos y que gustan de trincar un trago con choques de co-

pas y saludes de brindis antes de empinar el codo; entonces Juan Celestino no andaba corto en dejarse obsequiar, bebía y bebía hasta estar borracho; comenzaba por hablar una ó dos palabras con voz cavernosa, al cuarto buche caraspaba y tosía entre palabra y palabra; después escupía mucho, se le encandilaban los ojos, doblaba el cuerpo, abría las piernas y lanzaba por los sedientos labios verso tras verso hasta ponerse la boca seca y ronca el habla.



Ya cargado de la cabeza y flojo de las piernas encaminábase por calles y plazas poco usadas en sus tránsitos habituales; de pronto hacía alto, se pasaba la mano temblona por los ojos, terciábase el zarape, se medio agazapaba y con grito en cuello cantaba aguardentosamente:

«Estoy muy comprometío . . . .  
Me dicen que me la lleve;  
Pero luego pienso y digo:  
¿Con qué la tapo si llueve?»

Concluido el cantar, se enderezaba y afanábase por tenerse derecho; pero las piernas le hacían fiasco y proseguía la marcha tambaleándose; llegaba á otra esquina y se detenía, gesticulaba un tanto con cómico ademán, tosía hondo y ron-

co y volvía á su canto llano con un tonillo algo nasal y muy despacioso:

«Como la luna de llena  
Muestra *tóo* su esplendor,  
Así, preciosa morena,  
Yo te he *mostráo* mi amor  
En su creciente *maj* plena,  
Con el cariño mayor.»

Caminaba—si caminar es andar á los tropezones—otra cuadra; llegaba á la bocacalle y allí hacía alto; se apoyaba contra la pared de la esquina, rezongaba un rato, de seguido gesticulaba en contorsiones nerviosas que le restiraban la piel de los pómulos y arrugábanle la comisura de los labios; los ojos parecían velados, la lengua torpe, las manos movidas con accionar rápido y continuo, tosía y cantaba:

«Un pañuelo de crespón  
Truje para regalarte,  
También te truje un listón,  
Y *pá maj* adornarte,  
Un tulipán en botón  
Que te *pondrá* al peinar.»



Aquí parecía que el cerebro daba su última vibración lúcida; pues Juan Celestino doblaba la cabeza, estiraba las piernas y caía de golpe sentado en un corredor; así tumbado en el corredor, apoyaba la espalda en un pilar, extendía las piernas sobre la acera; tirado el zarape al lado y tenido el sombrero en la diestra se estaba por algunos minutos; la somnolencia era pasajera; se inclinaba súbitamente, calábase el de *pe-*

*tate* hasta las cejas, desperezaba brazos y piernas, bostezaba largo, terciaba el zarape y cogía rumbo por calle derecha, pero sinuosa para sus pies de borracho.

Inmediato á su casa hacía una parada, se pasaba la diestra, trémula, sobre la boca, trataba de arreglarse las ropas, esforzándose por ponerse derecho, y, abiertas las piernas, como marinero que á bordo busca el centro de gravedad para soportar los tumbos de la combatida nave, se iba balanceando en derechura á la puerta del tugurio—que tal era su casa—cantando con áspera y desentonada cantinela:

«Cuando un *jombre* se enamora  
De *verdá* de una mujer»....

—¡Demoño con el *crijtiano*, ya viene con su *Dioj* contento!—gritaba una voz, entre enojada y burlona, cortándole el verso en la boca al jarocho cantador.

Así son estos hombres: cuando se embriagan tienen una tendencia, una monomanía, una costumbre; Juan Celestino con el juicio sano era callado, casi taciturno; daba los buenos días á sus camaradas entre dientes y con mirada recelosa; pero una vez que el demonio del aguardiente se le introducía en el estómago para trepársele al cerebro, cambiaba totalmente: de taciturno se tornaba en locuaz, de triste en alegre, de serio en sonriente, de palurdo en cortés y de prosaico en poeta; no hay duda de que con el alcohol algunas circunvoluciones cerebrales, puestas en función antes de la embriaguez, se paralizan, y otras, pasivas en su estado normal, se agitan con los vapores del aguardiente; de ahí viene esa especie de afasia, muy peculiar en los borrachos, de repetir siempre una misma palabra; por ello creo que á Juan Celestino se le alborotaba la musa cuando el licor, como una llama, incendiaba su cerebro; entonces la vena poética le venía en creces y salían de su boca versos como de otros borrachos groseros salen dichos obscenos y palabras crudas é injuriosas, de esas que ni en los labios del buen Sancho—hechos para decirlas—son bien sonadas.

En los versos que el jarocho cantaba á grito herido, por calles y plazuelas, había un sentimiento ahincado de ternura y una filosofía callejera, pero cierta, graciosamente expresada en una poesía tan satírica como jacarandosa.

Escuché varias veces á Juan Celestino este cantar:

“Al mirarse *aborrecio*  
De la que fué su engrimiento,  
Se paseaba el *diój* Cupido  
En el jardín del contento,  
Cortando *florej* de olvido  
Y semilla de escarmiento.”

La vivacidad en el decir, lo espontáneo de las metáforas, lo intencionado del pensamiento, hacen del canto popular una á modo de manifestación de los gustos y pesares del pueblo, ignorante por educación, pero vivaz por el medio, y sufrido por la herencia.

No pude saber—y el saberlo supondría en mí curiosidad dañada y oficiosidad manifiesta—si este jarocho tuvo alguna vez que llorar el perjurio de una ella; son estas cosas de pecho adentro que habría que sacarlas con anzuelo; pero me aventuro á presumir que á alguno van á enterrar cuando tocan á muerto; quiero decir, pudo Juan Celestino haber amado sin ser correspondido, y en viejos dolores, recrudescidos con aguardiente, derramó toda su pena y contó toda la historia del desdén de una ingrata; porque..... ¿á qué venir con consejos á mujeres si no acostumbran usarlos ni se curan de seguirlos? Sin embargo, el viejo jarocho no se percató de esta sordera de las hijas de Eva y gritó siempre para que todas lo oyeran:

“*Mujerej*, han de saber  
Que de ostedes el pudor  
Ej la prenda de valor  
Que deben guardar mejor,  
Y no la deben perder  
Náa má de puro amor.”

Las calles están solas de aquel canto que de boca de Juan Celestino salía lánguido y sonoro por forma pintoresca de poesía callejera: murió al cabo, sintió calofríos cuando nosotros nos quemábamos con los ardores caniculares; se arropó en su raído zarape—amigo fiel de parrandas y jaleos—se tiró panza arriba en busca de sol y murió luego.

Con él acaba el verdadero tipo del jarocho, arraigado como una ostra á este terruño, del que era poeta sin saberlo, galán sin ostentarlo, filósofo sin presumirlo y valiente sin alardearlo; ¡viva encarnación que fué de un pueblo tan expansivo en su lenguaje, tan pintoresco en sus costumbres y tan franco como comunicativo en las manifestaciones todas de su espíritu!



CAPITULO II. EL TERRUÑO